

LA TELA DE ARAÑA

DRAMATIS PERSONAE

RAMONA. Mujer de 50 años. Amargada y sombría. Viste de negro riguroso. Es la hermana mayor.

REBECA. Mujer de 45 años. Desaliñada y extravagante. Hermana de Ramona y madre de Roma.

ROMA. Mujer de 27 años. Con mentalidad y actitudes infantiles e inseguras. Superviviente y frágil. Es hija de Rebeca y del padre de ambas, producto de los abusos a los que le sometió desde niña. Por lo tanto, Roma es también su hermana y la de Ramona.

MÚSICA Y SONIDOS QUE INTERVIENEN EN LA OBRA

Obertura Egmont Op.84, de L.V. Beethoven. Concierto para violín nº 3, de W. A. Mozart.

Obertura Coriolano Op.62, de L.V. Beethoven. Sonido de un helicóptero volando. Sonido de una llave abriendo la cerradura de una puerta. Voz en off de uno de los personajes, Ramona.

PREÁMBULO

Lugar: sala de la casa familiar.

En escena, se encuentran Ramona, Rebeca y Roma sentadas sobre sillas, y una caja-ataúd (el Ataúd) levemente elevada por uno de sus lados.

Ramona simula hacer punto con dos agujas grandes entre las manos, pero sin lana. Estos movimientos los realizará durante la obra y serán muy mecánicos y repetitivos.

Rebeca tiene en su mano una botella. Con la otra mano se sube y baja la falda. Este movimiento, como en el caso de Ramona, será un tic nervioso que repetirá con frecuencia.

Roma juega con un helicóptero de madera dibujando en el aire círculos concéntricos.

Toda la obra, reforzada con la escenografía, evidencia un círculo hermético, la opresiva frustración, asfixiante y fatal cautiverio sin escapatoria en el que están confinados los personajes.

LA TELA DE ARAÑA

ACTO ÚNICO

(Suena la Obertura Egmont)

REBECA —*(A Ramona)* ¿Dónde está el cenicero?

RAMONA —*(Sin levantar la vista de las agujas)* Debajo del Ataúd.

REBECA —¡Claro! *(Sarcástica)* ¡Cómo no! Él siempre encima. *(Deja la botella sobre el Ataúd. Coloca el cenicero al lado de la botella. Saca un cigarrillo, y lo pone sobre el cenicero. Simula hacer una fotografía del montaje con las manos)* Lo adoro...

RAMONA —A él no será. Más bien al tabaco. Bueno, y a la botella ini te cuento!

REBECA —Al vicio en general. En cualquiera de sus formas. Cuando me atrapa se convierte en mi ombligo, en una razón. Una puñetera razón para levantarme y salir a la calle a/

RAMONA —Sí, a convertirte en su esclava. Otro más que te tiraniza, ¿eh?

REBECA —¡El vicio me hace sentir viva!

RAMONA —¡Joder! ¡Eres retorcida hasta para sentirte viva!

REBECA —¡Oh, sí! Mejor tú, tejiendo nada para nadie. *(Sarcástica)* ¿O es para la pequeña Roma? Total, es menos que nadie. ¡Ja, ja, ja!

RAMONA —*(Señalando al ataúd)* ¡Eres su plagio más burdo y patético!

REBECA —*(Sarcástica)* ¿Yo? *(Señala a Roma)* ¿No será ella?

RAMONA —Te pasas la vida obsesionada por borrar su huella y luego castigándote como una perra porque no lo consigues. Nunca lo consigues. Ni lo conseguirás. ¡Nunca lo conseguirás!

REBECA —¡Ehhh! ¡Deja ya tu psicoanálisis barato!

(Roma empieza a jugar al Pizpirigaña. Este juego consiste -hay muchas versiones- en corear la canción mientras con una mano se va saltando sobre los nudillos de los dedos de la otra mano, salvo el del pulgar. Una sílaba en cada nudillo, primero hacia un lado y luego a la inversa. Se repite hasta terminar la canción)

ROMA —Tun, tun, tun, samarracatún. Tu madre la coneja perdió la sabandeja. Sabandeja real, pide p'a la sal. Sal menuda, pide p'a la burra. Burra de barro, pide p'al caballo/

RAMONA —Cualquier día os meto a las dos en una tinaja de alcohol. A ver si os ahogáis y me

LA TELA DE ARAÑA

libro de vosotras de una vez por todas.

ROMA —¿Cuándo viene el abuelo? Quiero sus cuentos. Y que me cure la tos, y el frío de la tripa. Y jugar.

RAMONA —Eso es, jugando todo el día, como dos/

REBECA —(*Irónica, a Roma*) Ya, ya... Y cómo te gustan sus juegos ¿eh, Romita? ¡Ja, ja, ja!

ROMA —Me gustan mucho, sí. ¿Cuándo viene el abuelo?

RAMONA —Buscona y puta como su madre.

(Rebeca y Ramona empiezan a discutir. Roma se levanta y empieza a dar vueltas de forma compulsiva al tiempo que se escucha el sonido de un helicóptero en marcha. Hace girar el suyo en círculos concéntricos hasta que se esconde bajo el Ataúd. Cesa el sonido y empieza a sonar muy suave la obertura Coriolano Op.62)

ROMA —¡Ruido! ¡Ruido! ¡Mucho ruido!

(Ramona y Rebeca tiran las sillas, se amenazan. Toda la escena es una locura. De pronto Roma da un grito desgarrador. Silencio total. Pausa. Las tres se sientan y cada una reanuda su actividad)

REBECA —(*Habla mirando al Ataúd*) ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Fuera el indeseable! Eso sí, nos quedamos las tres, las mejores porciones de sí mismo. ¡Menuda casta! Esta (*señalando con un gesto despectivo a Ramona*) con su obsesión por tejer nada, a todas horas, para luego hacer que lo tira a la basura. Tarada, amargada, huraña y seca como su vagina. Y la otra... (*Señala a Roma*) ¡Hay que joderse! Al malnacido no le bastaba con aniquilarme, no. Además, tenía que dejar en mis entrañas esta pesadilla que habla, come, crece y me arranca poco a poco la miseria de alma que me queda. ¡Cerdo! Me vacías de vida y me llenas con/

RAMONA —¡Cierra la boca!

REBECA —¡No me da la gana! (*Señala con el dedo a Roma*) Con eso. Sí, con eso me llena, para retorcer todavía más sus putas raíces. Menudo «producto denominación de origen». (*Al Ataúd*) ¡Ahí, ahí! ¡Ahí estás bien! ¡Malditos tus días y tus inmundas noches! ¡Pervertido de mierda! Sólo de pensar en ti me dan ganas de vomitar hasta ahogarme.

RAMONA —Lástima no te...

ROMA —(*Sigue con el Pizpirigaña*) Caballo morisco, pide p'al obispo, obispo de Roma, tapa esa

LA TELA DE ARAÑA

corona, que no te la vea/

RAMONA — ¡Calla de una vez, imbécil!

ROMA — *(Sin dejar de mirar sus nudillos)* Que no te la vea/

RAMONA — ¡O te callas, o te dejo mema del todo!

ROMA — Yo mema, tú mema, ella mema. Abuelo me enseñó los verbos.

REBECA — ¡Y tanto! Fíjate que hasta consiguió que el verbo se hiciera carne, ja, ja, ja. ¡Como Jesucristo! Lo mismo es un dios. ¡El dios de los infecto-penes! ¡Ja, ja, ja!

ROMA — Que no te la vea... ¡la bruja Ramona!

(Ramona va hacia Roma dispuesta a pegarle, pero Roma al verle se escapa y empieza a gritar. Rebeca bebe, ausente)

ROMA — ¡Ruido! ¡Ruido! ¡Mucho ruido!

(Ramona desiste y se sienta de nuevo. Roma vuelve a su silla, a jugar con su helicóptero)

RAMONA — *(Habla al Ataúd)* Bueno, nos libramos de ti, para siempre. Y te irás satisfecho porque al final has conseguido hacerme creer que no valgo para nada, como hiciste con nuestra madre hasta que la consumiste sin que nos viera crecer. De niña me decías que yo no servía ni para limpiarte los zapatos y de mujer ni para engendrar.

REBECA — Y tuvo razón. ¡Reseca como la mojama! ¡Ja, ja, ja!

RAMONA — *(Al Ataúd)* Recuerdo toda mi vida sintiéndome sola. Rechazada, arrinconada y sola. Carcomida por los celos cuando llamabas a Rebeca para jugar a «la ballenita y el pez» como decías. Y mientras yo, tu primogénita, como una desgraciada recogiendo, fregando y dejando todo preparado para el día siguiente. Encima la muy imbécil no quería y se tiraba de los pelos como una desequilibrada cada vez que le buscabas. *(A Rebeca, gritándole)* Pero... ¿Por qué no querías darle ni siquiera un abrazo? A ese padre que lo daba todo por ti, que/

REBECA — *(Cínica)* ¡Oh, Rebeca mala! Cruel y perversa Rebeca que desprecia las caricias de ese padre tan bueno, que tanto la quiere. De ese padre que cada día le enseña a la ingrata Rebeca quién es el «pez» y todo lo que puede hacer con «la ballenita».

RAMONA — *(Fuera de sí)* ¡Cállate! ¡No lo soporto! *(Pausa)*

REBECA — ¿No soportas? ¡¿QUÉ ES LO QUE NO SOPORTAS?!

RAMONA — Un beso. ¡Un solo beso serviría para perdonarle todo su desprecio y sus

LA TELA DE ARAÑA

humillaciones! Le perdonaría cualquier cosa. *(Al público)*. A los diecisiete años *(refiriéndose a Rebeca)* se quedó preñada, y entonces a la adicción de fumar, añadió la de beber. Vamos, una joya. Y en una de sus mejores borracheras, con una tripa de siete meses, me lanza que el hijo que espera era de... de/

REBECA —¿De quién? ¡Dilo! ¡DÍLO! *(Ramona empieza a tejer)* Claro, mejor no querer reconocer, no querer ver. O tal vez sí, pero siendo tú la elegida ¿eh? ¿Qué te parece?

RAMONA —¡Ramera y demente! Un día de estos/

REBECA —Por eso, en lugar de creerme y estar a mi lado te empeñaste en que me encerrara en un manicomio. Ya te hubiera gustado, ¿eh? Todo para ti. ¡Enterito para ti! Claro que de nada te hubiera servido *(Mira a Roma y se ríe)* Yo al menos... ¡Ja, ja, ja!

RAMONA —¡Cierra esa boca de víbora! ¿Creerte? ¿Después de las atrocidades que dijiste? *(De nuevo al público)* ¡Seguro que la muy puta se restregó con algún deficiente y luego viene contando aberraciones para encasquetarnos el mochuelo! ¡La muy degenerada! *(A Rebeca)* Y claro, después de parir te largas dejándonos este *(señala a Roma)* «regalito de navidad».

REBECA —¡Ja, ja, ja! ¿Sabes una cosa? Que igual tienes razón, que en vez de suyo *(señalando al Ataúd)* lo mismo es de un gnomo de pene frío. Viendo el resultado... *(señalando a Roma)* ¡El dios de los *pene-fríos*! ¡EL SUPER-DIOS! ¡Ja, ja, ja! *(Pausa)*

ROMA —Dicen que... No sé, que pasaron cosas. A veces, de repente, veo dibujos dentro de mi cabeza que van corriendo, así, todos seguidos, ¡pan, pan, pan! Pero no los veo muy bien, como una vez que nos perdimos con el coche porque había muchas nubes fuera que se habían caído. *(Rebeca mira fijamente al Ataúd y empieza a llorar)*

RAMONA —*(Sarcástica)* Cualquiera diría que sufrirás con su pérdida.

REBECA —¡¿SUFRIR?! ¡¿SU PÉRDIDA?!

RAMONA —Siempre le has odiado. Ni tan siquiera te has molestado en tratar de entenderle, de comprender/

REBECA —*(Histérica)* ¿¡Entenderle!? ¿¡Comprender!? ¿Por qué? ¿Por hacer de mi infancia un recuerdo de angustia, dolor y miedo? ¡Siempre dolor y miedo! Y tú fingiendo no saber. Con esa paranoia de tejer sin nada entre las agujas. ¿Tejiendo, el qué? Lo que tape la espantosa verdad, ¿no es así? Pero ya ves, nada puede contra la maldita realidad; ni tus puñeteras agujas son

LA TELA DE ARAÑA

capaces de trabajar una lana que lo consiga. *(Pausa)* Todo sería mucho más fácil si te pusieras de mi parte en lugar de vivir sólo para convertirte en la sombra de ese hijo de la gran... Juntas, podríamos haber evitado esta familia de vergüenza. Y, ahora, juntas, podemos acabar de una vez por todas con... *(Ramona y Rebeca se miran en un intento de conciliarse. La imagen se congela).*

ROMA —*(Empieza a sonar el Concierto para violín nº 3)* El abuelo me contó un día que a veces la piel de algunos se convierte en un demonio que les va apretando poco a poco, hasta convertirlos en longanizas con agujeros por donde se les escapa toda la sustancia. Que luego, después de mucho tiempo, la piel se les vuelve a ensanchar, pero sus sesos se quedan ya para siempre escurridos, estrujados. Y que a esos donde primero se les nota es en los ojos. «Fíjate bien en los suyos, me dice siempre. Nada les gustaría más que convertirlos en cuchillos para atravesarnos el corazón. Pero yo te cuidaré y te protegeré». *(Pausa)* Mi abuelo. La persona que más quiero en este mundo... Bueno, a ellas también, porque las hermanas nos tenemos que querer... *(Retoma el tema del abuelo)* Tampoco me dijo a quiénes se les apretaba la piel ni por qué a unos les pasaba y a nosotros no. Lo que no sé es por qué me dice siempre que soy tan especial. Una vez se lo pregunté y me lo quiso explicar por la noche, jugando. Yo seguí sin entenderle, pero le veía tan contento... *(Se ríe, contenta, recordando)* *(Pausa)* Ellas nunca me quieren y en cuanto pueden se pasan el rato riéndose de mí y haciéndome daño. Menos mal que el abuelo es muy cariñoso y me defiende. Un día les dio unos bastonazos que casi les deja sin costillas. Y yo sé que muchas veces nos espían por detrás de la puerta. Hago como que no las veo, pero las veo, y me río. *(Pausa)* Cuando él no está, hacen y dicen cosas muy raras... *(Se queda mirando al Ataúd)* Y también me insultan y me dicen que soy una retrasada. Entonces espero a que vuelva mi abuelo para meterme entre sus piernas. Es mi cueva, sí. Allí estoy segura porque allí sólo puedo entrar yo. *(Se ríe)* *(Pausa)* Una vez sangré y dejé una mancha enorme en la alfombra. Me asusté mucho. Y cuando la vio Ramona quería matarme, pero de repente se echó a reír como loca y me dijo: «Mira, ahora ya puedes acompañar a tu madre en su oficio». *(Se oye la voz de Ramona en off. Puede ser recitada o cantada).*

RAMONA *(voz en off)* —«Agua y sangre. Merecido lo tienes, por provocadora y puta como tu madre. Agua, agua y sangre. Merecido lo tienes, por buscona y puta como tu madre.» *(Empieza*

LA TELA DE ARAÑA

a sonar de nuevo el Concierto para violín 3, y Roma continúa su monólogo)

ROMA —Yo no entendí lo que decía y me eché a llorar. Menos mal que el abuelo llegó y entonces me dejó en paz. Aquella noche él vino a mi cama y me hizo cosquillas. Las hace muy bien y me gustan. Luego me abrazó muy fuerte y me dio muchos besos. Me decía todo el rato que no tuviera miedo. A la mañana siguiente, cuando me desperté, seguía abrazándome. Entonces me levanté, me lavé mucho como me dijo que tenía que hacer, me puse limpia y le preparé su desayuno preferido. Desde aquel día nunca me deja sola por las noches y ya no tengo miedo...

(Pausa) (Refiriéndose a Ramona y a Rebeca) Yo... Yo las quiero... Bah, no mucho, sólo un poco...

Así (indica con los dedos) Bueno, igual un poco más. (Asiente con la cabeza) Como si fueran mis... (se queda pensativa) Él no me hace daño. Él me enseñó, y nunca me hace daño.

(Empieza a sonar la Obertura Egmont op.8. Ramona y Rebeca se acercan con breves e intensos impulsos. Lloran, están desgarradas. Finalmente juntan sus manos sellando una alianza. La música empieza a disminuir para dar paso, de pronto, al ruido de un timbre y una llave abriendo una puerta. Ramona y Rebeca, aterradas, sacan a toda prisa el Ataúd del escenario).

REBECA — ¡Joder! ¿Pero no iba a estar fuera hasta mañana?

RAMONA — ¡Eso dijo! ¡Eso dijo!

ROMA — ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Estás aquí! *(Sale saltando y gritando llena de alegría)*

(Oscuro y fin)